

Uniando visiones en América Latina

Exequiel Silva

Hoy día Occidente se rige por principios humanitarios y democráticos, de eso no hay duda. Tampoco hay duda de que no existe ningún miembro de esa región que reaccione agresivamente, o siquiera intente hacerlo, frente a la invocación de la comunidad internacional dirigida a corregir parámetros en materia de derechos humanos, libertad o democracia. Esto no hace más que confirmar que el respeto y la salvaguarda que hoy se le brinda a esos valores son universales y significan una preocupación para cada una de las naciones civilizadas del mundo.

En medio de este panorama muchos nos asombramos por la forma y la facilidad con la que el gobierno de Fidel Castro reacciona, tan hostilmente, frente a distintos acuerdos, frente a las resoluciones de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, que invocan la aplicación específica de normas universales en la materia y al mismo tiempo solicita la presencia en la Isla de un representante de ese organismo. Así mismo, se da el lujo de insultar a los que apoyan las citadas resoluciones y ahonda más aún en el debilitamiento de la relación bilateral con más de un país del continente.

No creo que necesitemos hacer un gran análisis para entender que la principal razón de este accionar es el sencillo hecho de que el régimen de Castro no pertenece a la nueva comunidad internacional, la que ha sido organizada en torno a principios y normas compartidas. Muy por el contrario, el régimen de Castro pertenece a un sistema internacional cuyo juicio se rige por razones de poder. Los demócratas entendemos que un sistema se define por la organización de estados que subscriben reglas para el mantenimiento de un orden global básico. En cambio Fidel Castro suma su vinculación al mismo sólo como una forma de proteger unos intereses nacionales firmemente asentados en conductas propias de la Guerra Fría. Y aún siendo consciente de que esta ha terminado. Ese proceder responde a la mera intención de alargar la sobrevivencia del sistema totalitario que representa el régimen interno en la Isla.

Hoy, después de años de haber intentado hegemonizar su ejemplo en América Latina, Castro presenta con fingida indignación el argumento de la traición latinoamericana cuando los países que regularmente se abstuvieron al momento de condenar el régimen, hoy están dispuestos a apoyar las resoluciones de Naciones Unidas.

Efectivamente, nuestros países se caracterizaron durante muchos años por una neutralidad frente a la dictadura castrista. Esa fue parte de nuestra tradición diplomática. Pero a estas alturas de la existencia, en medio de una clara globalización democrática, una actitud como esa es más parecida a un anacronismo que a una postura continental independiente. En la perspectiva geopolítica, los países latinoamericanos hemos sido para Castro y su régimen meros actores de relevancia secundaria en su perspectiva ideológica: el régimen castrista empleó a nuestra región como un instrumento diplomático en su confrontación con los Estados Unidos y sus sistemáticas agresiones. Y allí caben las disquisiciones tanto de Gutenberg Martínez como las del presidente Luis Alberto Lacalle en términos de determinadas situaciones de carácter estratégico, porque en el fondo, los demócratas del mundo estamos de acuerdo con la situación y con nuestra posición en relación al régimen de Fidel Castro. Pero el término “estratégico” (algunas estrategias como el tema del embargo), creo que muchas veces nos hace perder en enfoque verdadero de la discusión. Es decir, no es la confrontación entre Estados Unidos y el régimen de Castro, sino que el verdadero dilema es la confrontación entre el régimen de Castro y el pueblo cubano. Y creo que cualquier estrategia que conduzca a desviar esa verdadera visión, ese punto que debíamos tener en cuenta, no puede ser considerada como positiva.

Por lo tanto, retomando lo que señalaba anteriormente en cuanto a lo que ha sido la posición, o lo que fue la posición histórica latinoamericana, creo que la hemos ido corrigiendo. Y así se ha visto en las últimas resoluciones que han apoyado muchos de los países latinoamericanos, lo que le ha costado una andanada de insultos de Castro a países como Perú, México y Chile.

Somos conscientes de que el problema con la dictadura de Cuba no va a desaparecer hasta que la Isla se reincorpore a la comunidad internacional. Ello implica el mínimo respeto de los derechos humanos y la vigencia democrática en la Isla, pero también supone un cambio en el orden interno de ella.

Mientras ello ocurra, las resoluciones de la Comisión de Derechos Humanos, las resoluciones de las cumbres de presidentes iberoamericanos, las resoluciones de los parlamentos latinoamericanos deben ser promovidas. Lo único que hace el régimen castrista es esconder sus intenciones con ataques a quienes antes consideraba sus socios. Por condenarlo. Es esta manera como intenta encubrir su realidad interna, por eso ahora más que nunca debemos ser capaces como naciones de decirle a Fidel Castro que los demócratas y humanistas de América no transamos con nada ni con nadie cuando de derechos humanos se trata.

No es posible que quienes vivimos dictaduras tremendas como Chile, Uruguay, Argentina y otros países latinoamericanos, los que luchamos en nuestros países por la consolidación de la tan ansiada democracia, quienes luchamos efectivamente por vivir dignamente, por considerar al ser humano y sus libertades como una sustancia fundamental, por sus principios éticos, con la verdad por delante, con la existencia de un orden social y político, por instaurar la igualdad promoviendo la convivencia pacífica — como lo señalaba Gutenberg Martínez en aquellos puntos que fueron clave en la transición de nuestro país, aquellas que garantizan el auténtico estado de derecho — en definitiva, nos quedemos de brazos cruzados con lo que ocurre en Cuba.

Debemos iniciar el camino que nos lleve a asumir políticas destinadas a fijar el papel de cada una de nuestras naciones en el actual del proceso de globalización y fortalecer nuestros procesos de integración regional y continental. Debemos apoyar con más fuerza que nunca el proceso democratizador en Cuba. No es posible que algunos sectores de nuestros países digan que no existe nada malo en esa isla que no sea consecuencia de la política de los Estados Unidos.

Las dictaduras latinoamericanas como la de Chile, Argentina, Uruguay, son universalmente conocidas y condenadas, como se relata en el libro de Fernando Arroyo. Entonces uno debe preguntarse, ¿Por qué después de cuarenta años la dictadura de Fidel Castro se deleita aún con la admiración recibida de algunos sectores de América Latina y hasta hace poco de Europa, que aún miran con una visión romántica a un régimen que hace tiempo dejó atrás sus principios inspiradores y viola sistemáticamente los derechos humanos?

Es razonable pensar que muchos de los sectores políticos de América Latina, incluso de Europa, no van a mostrar su verdadera renovación y convicción democrática hasta que no señalen categóricamente y decididamente que en Cuba no se respetan los derechos fundamentales. Para esto, y para evitar que el régimen cubano se siga escudando en las acciones emprendidas por los Estados Unidos, estimo que es fundamental que seamos capaces de construir una posición latinoamericana sobre el tema cubano, como lo ha hecho Europa, posición que quiero celebrar y espero que se mantenga en el tiempo dentro del Parlamento Europeo. Y en conjunto y sobre la base de principios fundamentales, espero que podamos ayudar a que los cubanos decidan en un marco democrático y libre su destino.

En la construcción de esta posición común debemos establecer un cronograma que permita que la transición pacífica y democrática llegue en un tiempo prudente a Cuba. No se puede seguir esperando que se encarcele a más personas para reaccionar. Seguramente seremos acusados de entrometernos en asuntos internos y de no atender el principio de libre determinación de los pueblos. Pero este principio no pretende salvaguardar la libre determinación de los gobiernos, como lo decía el diputado uruguayo, Jaime Trobo, sino la de los pueblos, lo que es impedido por un régimen autoritario.

América Latina tiene una gran responsabilidad de unirse a este compromiso y hacer todos los esfuerzos con el fin de hacer entender al régimen cubano que debe cumplir sus compromisos, por citar alguno, el acuerdo firmado en 1996 por Fidel Castro en la Cumbre de Presidentes de Viña del Mar, donde se compromete al respeto de los

derechos humanos, o los compromisos de los parlamentarios cubanos al interior del Parlamento Latinoamericano, o el respeto a la Declaración Universal de Derechos Humanos firmada también por Cuba.

Esperamos que se diseñe un cronograma que avance hacia la entrega de libertades que permitan la expresión soberana de los cubanos buscando un cambio democrático en el respeto de los derechos humanos. Creo que fortalecer nuestras democracias y achicar la brecha de desigualdades que existen en nuestros países ayuda a que no reverdezcan, como lo decía el presidente Lacalle, aventuras o aventureros que pretendan asumir el discurso de Fidel Castro en la Isla. Ayudemos a los cubanos a pensar su transición y a entregar nuestra experiencia. Digámosle a los cubanos que hay una alternativa y que tendrán la ayuda y la solidaridad de los pueblos latinoamericanos, para que ellos y no otros puedan construir el futuro que ellos determinen.